



## PANEGÍRICO

DE S. JOSEF DE LEONISA,  
del Orden de Capuchinos:

### PREDICADO

*en la iglesia de Padres Capuchinos de la calle de S. Honorato, en las fiestas de canonizacion de S. Fidel de Sigmaringen, mártir, y de S. Josef de Leonisa, confesor.*

*Laudemus viros gloriosos. Celebrémos á los hombres llenos de gloria. Eccli. 44. v. I.*

**L**a Iglesia ha sentenciado. Ella acaba de publicar la santidad, comprobar los prodigios y eternizar la gloria de dos héroes cristianos. Como á ministros del Evangelio, nos está permitido apoyar nuestros homenajes en la decision de los soberanos pontífices. Sus oráculos justifican nuestros elógios. *Laudemus viros gloriosos.*

En

En vano echa el mundo incrédulo una despreciativa mirada sobre estas resplandecientes ceremonias que dan al Universo el maravilloso espectáculo del heroísmo de la santidad. El mundo profano no niega su admiracion á las virtudes de los nuevos santos, sino porque son una nueva condenacion de sus vicios.

Tanto la equidad quanto el reconocimiento de la Iglesia, son quienes colocan sobre nuestros altares á S. Fidel de Sigmaringen, y á S. Josef de Leonisa. La Iglesia debia como equitativa un testimonio auténtico á los exemplos de su humildad, de su caridad y de su obediencia. Como reconocida, debia un testimonio distinguido al zelo con que sostuvieron sus intereses, defendieron su gloria, extendieron su império.

Fidel coronó el mas penoso apostolado con el martirio mas glorioso: Josef sobrevivió á su martirio para exercer con suceso un segundo apostolado... Tal es, señores, el duplicado espectáculo por el que deberé solicitar vuestra admiracion. Tales los dos héroes á los que delante de los altares deberé ofrecer un solemne tributo de alabanzas. *Laudemus viros gloriosos.*

Pero yo fixo mis ideas. Dos panegíricos en uno solo molestarán vuestra atencion. Josef de Leonisa, pues, será el único objeto de este discurso, y entre los brillantes rasgos que presenta el por menor de sus acciones, compondrá uno solo la materia de su elógio, y encerrará en sí todos los demas.

Tom. V.

Bb

Ej

El asunto que mas me ha chocado, es el de un hombre apóstol despues de su martirio: sobre él me he propuesto detener mi consideracion y mis ideas.

*Josef de Leonisa* por sus inmensos trabajos, llegó á ser un mártir singular. Punto primero.

*Josef de Leonisa* sobrevivió á su mártirio para entregarse á mas penosos trabajos. Punto segundo. AVE MARIA.

#### PRIMERA PARTE.

¿Es un título legítimamente adquirido aquel con que doy á conocer al Santo cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia? Esta es, hermanos míos, la cuestión que tal vez os habréis propuesto á vosotros mismos, y acaso me tacharéis de haber concedido á *Josef de Leonisa* la gloria del martirio, siendo así que aunque su corazón la deseó, no quiso el cielo concedérsela... Confieso que percibió la muerte sin espirar realmente á fuerza de sus golpes; pero ¿que importa? si su suerte fué mas terrible y espantosa que la muerte misma. Como víctima del deseo, fué verdaderamente mártir sin dexar de vivir. Por las primicias de su apostolado en el mundo christiano, y por la recompensa del mismo apostolado en el mundo fiel, se podrá juzgar de mi proposicion.

Yo debo presentarle desde luego en el mundo christiano, y despues seguirle. Testigo la Italia de su nacimiento, lo fué tambien de su

su primera educacion, de sus primeros empeños, trabajos y victorias. ¿Engañaria yo á la incredulidad de los pretendidos espíritus fuertes, si asegurase que unos resplandecientes rayos iluminaron la cuna de *Josef de Leonisa* y descubrieron en él el hombre de la Providencia? Desde luego adornaron mil virtudes su razon, descubrieron su carácter, purificaron sus sentimientos. La caridad, la dulzura y la penitencia, fueron las primeras armas que opuso á los enemigos de la Iglesia. Antes de combatir al mundo con su doctrina, le contrarestó con su santidad.

Esta es un feliz presagio para el apostolado... Siendo aun apenas podia ser discípulo, instruía á los demas en una edad en que nadie por lo regular piensa mas que en instruirse á sí mismo.

La casa de su padre fué el primer teatro donde se ensayaron piadosamente su paciencia y su zelo. ¡Quan dulce era para su tierno padre la contemplacion de un hijo héroe de la mortificacion, protector de los pobres, espíritu y corazón digno de un apóstol! ¡Que no hubiera podido ser testigo de los milagros que prometian estos primeros ensayos! Pero llegó el momento fatal. Abrióse el sepulcro: murió Desiderio, y todo se cambió para *Josef*, á excepcion de su virtud.

Desde Leonisa pasó á Viterbo, donde penetrando su brillante eloqüencia, le proporcionó su fortuna y reputacion: ¿Su fortuna? Ah! En vano ofrece el mundo á sus ojos una suerte la mas lisonjera; porque su ver-

dadera felicidad la busca en el centro de una indigencia voluntaria. Siempre hace esperar el mundo la dicha que jamas concede.

Entónces era, como en el día, una nueva reforma del Orden de S. Francisco de Asís la edificación, el apoyo y el recurso de la Iglesia. En ella se advertía, como todavía se advierte, la renunciacion Evangélica hasta el último grado del heroísmo. Unos hombres animados del espíritu apostólico, asombraban al mundo con los rigores de una penitencia exemplar, y con los prodigios de un zelo desinteresado. La humildad hacia ver su carácter. Su caridad no conocia otros límites que los del Universo. Eran acusados, é improperados por la heregía, porque consideraba y temía en ellos unos hombres de una fe otras tantas veces victoriosa, quantas habia sido provocada. Eran tanto los hijos mas sumisos de la Iglesia, quanto sus mas ardientes defensores. Las irrisiones y menosprecios del error, formaban su elogio. No les respetaria yo tanto si tuvieran menos enemigos.

¡Quanto se retrasaba para él la union de sus trabajos con los de aquel pueblo santo! El cielo le llamaba; le quitaba el favor; y señalado el día del sacrificio, voló la víctima al altar.

¡O providencia de mi Dios, que diriges los pasos de *Josef*! ¿á donde le encaminas? ¿A Asís? ¡que escuela para un discípulo de Francisco! A Asís, donde la gloria de este héroe empezó á manifestarse, y donde se perpetuó su espíritu: donde nuestro Santo fué á estudiar

diar este mismo espíritu, y lo logró del mejor modo posible. Casi á un mismo tiempo fué la esperanza y la gloria de su Orden. En él se reunian los talentos y el zelo de los hombres apostólicos. Todos los discípulos de Francisco deben ser apóstoles.

Yo me figuro un nuevo Juan Bautista, cuyo zelo preparado en el silencio del retiro brilla por fin á los ojos de la sorprendida Judea, y anima á los pueblos para caminar por las sendas de la penitencia, sin dexar él mismo de seguir por ellas su carrera. Qualquiera se asombrará, si desde su entrada en ella represento á *Josef* hábil en documentar los espíritus y mover los corazones; árbitro de la eloqüencia sin expender sus riquezas, y simple con magestad sin menospreciarlas tampoco; atrevido en pintar el pecado sin descubrir al pecador. Los talentos del Orador encantaban, y se veía con edificación verter lágrimas á los pueblos. Sus lágrimas son los sucesos mas gloriosos para un Orador christiano.

Pero seguiré á nuestro Santo en Leonisa misma. Profeta en su patria, donde casi jamas se verifica, acababa de interesar y mover á sus conciudadanos por la fuerza y union de sus discursos. Infinitas voces celebraban unidas sus talentos y su gloria. ¡Que prueba tan delicada para el amor propio si hubiera podido ser susceptible á él! Pero no, miserables sucesos que tanto lisonjeais á los demas, no seréis vosotros capaces de agradecerle; antes bien sobresaltaréis su tímida mo-

destia. ¿Por que medio tan singular se vengó de los elógijs que recibia? Este hombre, que era el oráculo de los Predicadores, descendió al último grado del ministerio Evangélico. El maestro de los sabios viene á iluminar la obscura ignorancia. Débil con los flacos, se complacia en formar á los hijos en la virtud, despues de haber desarraigado los vicios en los padres. Los grandes hombres saben acomodarse á todos los hombres. Su humildad aumentaba su gloria.... Por sus sucesos sobresalia visiblemente entre sus rivales en el ministerio de la palabra; por su humildad se excedia á sí mismo. Era como aquel hombre admirable de quien habla S. Gerónimo, que huyendo de los honores, merecia las distinciones mas particulares. *Fugiendo gloriam, gloriam merebatur.*

¿Y que? ¿Logrará solo *Josef* que la Providencia le honre con una multitud de acontecimientos dichosos? ¡Ah, hermanos míos! mil contratiempos le esperan. Experimentará espíritus rebeldes, corazones insensibles. En nada les temerá, como no sea por su salvacion. Superior á sus victorias por su modestia, tambien lo fué de sus desgracias por su constancia.

Esta se manifestó en las mas dificultosas empresas. Ved aquí un maravilloso exemplo. Un Exáctor impío tenia el bárbaro placer de alimentarse con la opresion de un pueblo de quien debia ser el protector y el padre. En el mayor auge de su fortuna, estudiaba ingeniosamente sobre el crimen que la cimentaba. ¿Era por esto dichoso? No por cierto.

Aun

Aun quando fuese el dueño del mundo, no podria librarse de las importunas aldabadas de su conciencia. El interior de un hombre depravado, es un obstáculo invencible para su felicidad.

No soy yo, sino nuestro Santo quien se explica de esta suerte. Su insinuativa voz, se valió de todos los medios que le sugirió su zelo para atraer aquel corazon de bronce á los sentimientos de humanidad. Con la mas viva expresion, le delineó el odioso retrato de un tirano, la triste situacion de los pueblos, la murmuracion del mundo y la venganza del Cielo. Puede ser que le persuadiese, y no le dexase convencido y enmendado. El zelo de un apóstol siempre irrita á quien se obstina en el crimen. Quien se niega á los remordimientos, mejor se negará á las reprehensiones.

Un sacerdote suministró á *Josef de Leonisa* una nueva prueba de esta triste verdad. Indigno de su estado por la depravacion de sus costumbres, habia llegado á ser el escándalo de una ciudad y el oprobio del sacerdocio: doblemente culpable, añadía á los extravios de su corrompido corazon las ilusiones de un espíritu incrédulo. ¡Quanto intentó el santo apóstol para arrancar de la iniquidad este pervertido ministro! Se insinuaba con prudencia y combatía con fuerza. Pero ¿que puede el zelo contra un hombre que no ha tenido reparo en sacudir el saludable yugo de la Religion? En vano se esforzaba nuestro Santo. Los menosprecios, los ultrajes y las amenazas, eran la recompensa de su noble

Bb 4

y

y santa libertad. ¡No permita el Dios de justicia descargar sobre el delinquente su rayo vengador! ¿Quantas veces ha acarreado una infinidad de desgracias la tenaz resistencia á la voz de un apóstol? Bien merece ser desgraciado el que no sabe aprovecharse de su propia felicidad. Tal es el terrible oráculo que pronunció *Josef de Leonisa*, y que, por desgracia, se verificó muy en breve.

Por otro semejante intentó, aunque en vano, atraer á la reflexion á una vírgen distraida que, con las conversaciones mundanas, queria hacer deleytable las penas del retiro. *Muger insensata*, jóven incapaz de pensar sobre tí misma. ¿Te parece que en la imprudencia de tu conducta no hay mas que un inocente placer? Pues *Josef de Leonisa* descubre en ella una desenvoltura fatal. Ya te anuncia, casta paloma, ya te anuncia el próximo dia de la pérdida de tu pudor. Ah! ¡Quanto exáctamente verificó el tiempo esta triste prediccion! Aquella cuya virtud parecia invariable y superior al peligro, cayó en el escollo, rompió los honrosos lazos que la sujetaban, abrió las sagradas puertas del santuario, y acabó con sacrificar escandalosamente al fuego de una vergonzosa pasion la inocencia, el honor, la providad y la Religion.

Así permite Dios para probar la virtud de los santos, que se les inutilicen los designios mas laudables. No siempre contaron sus victorias por el número de sus combates los apóstoles y profetas. Elías confundió á Achab:

pe-

pero este no se enmendó. Pablo dió con la luz en los ojos de Felix; pero este se negó á ella. Las desgracias del ministerio nada rebaxan el mérito del ministro. Un apóstol árbitro constantemente de los espíritus y de los corazones, pasará entre las gentes por un Dios. Las desgracias muestran al hombre lo que es en sí, y prueban á los santos.... Yo discuro, hermanos míos, que aun quando no me quedase nada que decir acerca de la gloria de nuestro Santo, habria señalado ya en su conducta el heroísmo de su santidad. En efecto, ¡quantas virtudes se necesitan para ser superior á los contratiempos del apostolado!

Pero émulo *Josef* de los hombres apostólicos tanto por sus sucesos, quanto por sus desgracias, no sabia estarse quieto, ni sobre los laureles, ni sobre las espinas. La gracia que no quiso Israel, la llevó á las naciones. Desde el mundo christiano se trasladó al mundo infiel. El uno habia recogido las primicias de su apostolado, y el otro tenia que admirar su perfecta consumacion.

Explicase el cielo; manifestase la vocacion, y dase la orden por los superiores. Partió *Josef*, y conducido sobre las alas de la obediencia, menospreció los peligros de la mar, sujetó las olas, sosegó los vientos y las tempestades, llegó, en fin, y se fixó en el floreciente império de Mahoma. Apreciemos el ardor de su zelo por los obstáculos que tuvo que vencer.

Ocupaba entónces el trono Otomano un  
mons-

monstruo mas bien que un príncipe. Hijo y sucesor de Selim II, á quien una continuacion de vergonzosos excesos habia conducido rápidamente al sepulcro, tenia Amurat III todos los vicios de su padre, sin ninguna de sus qualidades.

Incapaz de respetar los vínculos de la sangre, y sordo á la voz de la naturaleza, inmoló á siete hermanos suyos en un mismo dia, y fueron las primeras víctimas de su envidioso y zeloso carácter. Inconstante, tímido, é irresoluto; sumergido en el seno de la desidia y de la luxuria; amante de la guerra por crueldad, y no por valor; guiado por el interes; devorado por la desconfianza; escrupuloso observador del mahometismo, é implacable enemigo de los christianos. Siempre tenaz en su odio y supersticiones, no tanto por principios de religion, quanto por debilidad de espíritu. Y, en fin, hombre, cuyos menores defectos eran las baxezas de la avaricia y el veneno de la ingratitude, y cuyo retrato estaba compuesto por el horrible conjunto de todos los crímenes. Yo deberia haber pintado no tanto un hombre, quanto un rayo, horror, y oprobio de la humanidad.

Por el genio del príncipe se puede juzgar qual seria el del pueblo. Este era ambicioso, cruel, guerrero, avaro: ciego sectario de una ley dictada por la impostura y establecida por la fuerza de las armas. Sus primeros sucesos los aseguró una afortunada temeridad, la credulidad fué sorprendida; é interesado el corazon en las preocupaciones del entendimiento,

to, adoptó y siguió un sistema sacado de las pasiones del hombre. Extendióse la supersticion, y la luxuria ensanchó los límites de su império. El hombre mas bien que por lo que debia ser, era por la frívola esperanza de perpetuar sus pasiones mas allá de sí mismo, y de eternizarlas con el goce de un placer siempre nuevo.

¿Que sucesos puede esperar un apóstol en el centro de la lascivia? ¿Abrazará el catolicismo un pueblo que es enemigo de los christianos por naturaleza? El se cree feliz con su religion, y con dificultad se le persuadirá que otra qualquiera pueda proporcionarle una dicha mas perfecta.

*Josef de Leonisa*, principió en Constantinopla con su delicado y laborioso ministerio. ¡O Dios mio! confíadle los tesoros de vuestra gracia. Dad á sus discursos un atractivo tan victorioso que nada se les resista. Habla tú, apóstol santo, habla y haz que los muros de esa orgullosa Jericó retiemblen al oírte. *Clama, ne cesses* (1). Anuncia á ese pueblo seducido la falsedad de su ley, la ridiculez de sus supersticiones, el exceso de sus crímenes. *Annuntia populo...sceleva eorum*. Manifiesta á sus ojos las sendas de la verdad... Un hombre protegido del cielo, puede en un solo dia trastornar la obra de muchos siglos.

Ya estaba meditando nuestro santo el modo de obrar. Por fin, atacó al error. Sorprendió la novedad. La atencion con que le

oian

(1) Isaias, 58. v. 1.

oían, parecia favorable; pero el espíritu y el corazon no tomaban en ello ningun interes. Nada persuade á un pueblo esclavo de la preocupacion. ¿Que hizo *Josef*? Llevar hasta el trono la luz de la fe. Sabia muy bien quan poderoso era el exemplo del príncipe en el espíritu del pueblo. Si el príncipe se hacia christiano, aseguraria á la fe la conquista de todos sus vasallos.... Guiado por la esperanza, y animado de un santo zelo, caminó como un héroe, y se atrevió á presentar delante del monarca. La muerte, ó la victoria eran el objeto de sus deseos. Aun no se cumplirán estos.

Ya estaba escrita en los eternos decretos la suerte de este desgraciado príncipe. Empeñado Amurat por sus odiosos vicios y obstinacion en cerrar los ojos á la razon y el corazon á la naturaleza, apartó de sí la luz del Evangelio, y se hizo indigno de ella. Nuestro Santo solo encontró suplicios donde se gloriaba su zelo de hallar conquistas. ¡O espectáculo digno de los Nerones y de los Maximinos! *Josef* fué insultado, menospreciado y arrojado con despecho. Una multitud de redoblados golpes le estaban preparando pruebas todavia mas dificiles. Los títulos de christiano, apóstol y religioso, eran muy á propósito para excitar contra él la mas cruel y sangrienta persecucion. Todo vaticinaba y anunciaba un martirio.

Las persecuciones no son capaces de suspender los trabajos de un apóstol mientras que quede en libertad. Desechado nuestro héroe

por los infieles, determinó ir á consolar á los christianos cautivos.

¡Que imágenes tan tristes se me presentan aquí y me sobrecogen! Citar á los christianos entre las cadenas de los infieles, es lo mismo que suponer todo género de desgracias. ¡O víctimas infelices enterradas con vida en las sombras del sepulcro!... Ah! Menos horroroso seria éste para ellas que el profundo abismo en que estaban encerradas. Entrad en aquellas subterráneas cavernas, inaccesibles á los rayos del sol, y veréis que ayre tan corrompido se respira, mas propio para dar la muerte que alargar la vida. En efecto, hermanos míos: ¿que vendríaís á descubrir allí? Hombres pálidos, desfigurados, y esqueletos vivos. El peso de sus cadenas es para ellos el mas ligero trabajo. La imaginacion aumenta sus desgracias. No parece sino que por el sentimiento de haberla perdido conocen mas bien el precio de la libertad. El aparato de los suplicios, siempre presente á su vista, es para ellos mas cruel que la muerte misma.

Mi espíritu se transporta y detiene á las fatales puertas de estos tristes lugares. Una guardia doble defiende la entrada. Me parece que descubro allí á *Josef de Leonisa*, y le oigo decir: ¡O pueblo digno de mejor suerte! Suspende por un instante tus justos temores. *Nolite timere pusillus grex* (1). La voz de un christiano es la que llega hasta vosotros. A-

en-

(1) Luc. 12. v. 32.

enxugaros vuestras lágrimas viene. ¡Quanto puede dulcificar vuestras desgracias participando de ellas!

Es presumible que les hablase así nuestro Santo; pero su tierna y compasiva alma, no podía ya alargar sus discursos. Apresurabase para justificar sus sentimientos por su conducta. El proporcionar á aquellos desgraciados socorros útiles, no era bastante para su generoso corazón. Ofreció sacrificar su libertad y su vida. ¡Que premio tan grande sería para él gemir en la obscuridad de las prisiones, siempre que pudiese sacar de ellas á sus hermanos! ¡Quan feliz sería en agotar la fuente de sus lágrimas á costa de su propia felicidad! El se contentaba con morir por ellos, siempre que viviesen por Jesu-Christo.

¡Heróyca caridad! Ella choca y admira, mas no se exerce. Lo que los tiranos negaban á *Josef*, se lo sabia proporcionar á sí mismo. El desafió en algun modo á la muerte en aquellos tristes dias en que el terrible y general contagio esparció por Constantinopla la turbacion, la desolacion y la desesperacion en la mayor parte de sus habitantes.

No se espere de mí una de aquellas pinturas interesantes, donde la imaginacion inventa rasgos atrevidos para describir los crímenes de los hombres, y las venganzas de Dios. No, hermanos míos. Vosotros mismos os figuraréis lleno y obscurecido el ayre con los muchos torbellinos; atacados los pueblos por el sutil veneno de la peste, y el contagio tan rápido como el viento que le lle-

va-

vaba. Por todas partes se descubria el terror y la muerte: por todas desaparecia la ternura; estaba hollada la humanidad, la caridad temblando, y la Religion extinguiéndose. El amigo no tenia amigo que le favoreciese. Los hombres huían de los hombres. Las casas se volvian sepulcros. Constantinopla era una vasta soledad, un dilatado desierto....

Apartad, hermanos míos, apartad vuestra consideracion de estas pinturas horribles para ponerla toda entera en *Josef de Leonisa*. Como héroe invencible arrostraba por el peligro, menospreciaba el temible azote, y desempeñaba solo el ministerio de muchos apóstoles. ¿Mas que? ¿Será la víctima de su zelo? Ah! Las malignas influencias no respetan su virtud. Este hombre que era el recurso de los pueblos, se vió herido tambien por su desgracia.... ¡O Dios mio! ¿Es posible que habiéndole destinado para la salvacion de tantas almas, no hayas de velar sobre su propia salud? ¿No le coronaréis con vuestra misericordia, ya que le habeis experimentado con vuestra justicia? *Ego percutiam, et ego sanabo* (1). Yo heriré, dice el Señor, y curaré.

¿Lo diré yo? No sé, oyentes míos, qual me admira mas, si la sabiduría de la Providencia, ó la confianza de *Josef*. Aunque los elementos se conjuren contra él, tiene una virtud que triunfa de todos ellos. Casi se puede decir, que era una virtud que vio-

lencia

(1) Deut. 32. 39.

lentaba al cielo. ¡O resplandeciente prodigio! El Dios riguroso, vino á ser el Dios consolador. La misma mano que le habia herido, le curó y conservó á su patria y á la Iglesia. *Ego percutiam, et ego sanabo.*

Ah! ¿Era menester que se libertase del primer martirio para experimentar muy en breve otro mayor y mas cruel? Dexa Dios de probarle y le persiguen los hombres.

Acababa nuestro Santo de arrebatarse al mahometismo una de sus mas importantes conquistas; quiero decir, un Arzobispo, que por una odiosa apostasia del christianismo habia erigido mucho tiempo hacia un brillante trofeo en honor de Mahoma. ¡O y quan dificultoso es volver á la verdad á un hombre á quien pudo mover el interes á dexarla! Vosotros conocereis el triunfo de nuestro Santo por el furor con que se vengó el mahometismo de su derrota. La mejor victoria es la que á los enemigos les es mas sensible.... Fórmasese la tempestad y rompe. Acusóse á *Josef*, se le prendió, y le metieron en un horroroso y profundo calabozo. Esperaba en él la sentencia, pero una sentencia de muerte.... Apenas salió la orden del trono, quando se preparaba ya un suplicio estudiado; ignorado por la ingeniosa crueldad de los antiguos tiranos, y, en fin, digno del aborrecimiento que tiene el mahometismo á los christianos.

Serian menester otras expresiones para describir un nuevo género de martirio. Unas puntas agudas penetraban las carnes, sin abrir á la sangre una corriente general. El cuerpo

es-

estaba algunas veces atado y suspendido: por una parte expuesto á las injurias del tiempo; por otra mortificado, pero sin consumirle, con un fuego lento y activo. Tres dias consecutivos se ofreció á los indignados pueblos este bárbaro espectáculo. La humanidad se estremece. *Josef* estaba inalterable. Desde su ardiente hoguera, como si fuera desde una cátedra de verdad, anunciaba, probaba y demostraba la santidad de la Religion christiana. La constancia de un mártir, es una victoriosa prueba de la fe.

Pero ¿que es lo que veo? La naturaleza se rinde: el sacrificio se consuma. La muerte va á llevar el apóstol de la verdad. Apenas faltaba un momento para que espirase nuestro Santo, quando ¡que prodigio! una mano invencible arrebató la victima á la muerte, y la quitó al furor de los tiranos. *Josef* fué restituido á la Religion, de quien se habia deleytado ser mártir. Pero si triunfó de la rabia de sus enemigos, fué únicamente por entregarse á otros combates.

Por infinitos trabajos mereció el martirio mas singular; y si sobrevivió á él, fué para sufrir otros aun mas penosos.

## SEGUNDA PARTE.

Un hombre, señores, que sobrevivió á su martirio para entregarse á trabajos mas penosos, sostenidos con mas heróyco valor, y coronados con los mas resplandecientes sucesos, representa los últimos lineamientos, y los mas

Tom. V.

Cc

mag-

magníficos de quantos distinguen el ministerio de *Josef de Leonisa*, y deben acabar su elógio.

El primer siglo de la Iglesia vió con admiracion á un héroe christiano que se escapó del furor de los tiranos á pesar de la actividad de un fuego destructor, y, siendo vencedor de la muerte, si así se puede decir, voló con alas de caridad á la escabrosa carrera de un nuevo apostolado.

¡Dichosos días de la primitiva Iglesia, pues renaceis en el XVI siglo! Vosotros reproducis en él á nuestro Santo como un segundo Juan Evangelista. ¿No podrémos decir, que sus llagas, todavía abiertas y chorreando sangre, prestaban á su voz una fuerza victoriosa? Es verdad que la isla de Pathmos se hizo christiana por el ministerio de San Juan, pero tambien por el de *Josef de Leonisa* mudó la Italia de aspecto. Mas rápida su reputacion que las olas de la mar que la habian conducido, excedia aun á la ligereza con que dió su vuelta.

Así como se presentó al monarca, cuyo trono habia sostenido aquel héroe que estando cubierto de heridas y colmado de gloria era al mismo tiempo el terror de sus enemigos; así tambien se dexó ver *Josef de Leonisa* en la corte de Roma delante del príncipe de la Iglesia.

Entónces estaba gobernado el mundo christiano por un pontífice nacido en el seno de la miseria, conócido por la brillantez de su mérito, elevado á los primeros honores y capaz siempre de sostenerlos. De ingenio vasto,

pro-

profundo y sublime en sus proyectos: magnífico, poderoso y absoluto. Enemigo del vicio y severo en castigarle: firme en defender los intereses de la Iglesia, deseoso de hermosearla, defenderla y extenderla. Pontífice verdaderamente digno de admiracion, por mas que el ardor y vivacidad de su zelo, no haya querido reconocer en él un mundo injustamente preocupado y temerariamente decisivo, sino la obra de la política, de la ambicion y del despotismo.... Los hombres mas bien juzgan por engaños que por reflexion.

Yo me alegrára poder representar á nuestro Santo á los pies de Sixto V. Al ver juntos dos hombres célebres, ambos discípulos de Francisco de Asís y herederos de su espíritu, qualquiera podria decir, que el cielo les habia unido para formar de concierto la gloria de la Religion. ¿Quantos elógios dió el Pontífice al vencedor del mahometismo? Pero ¡que cosa mas edificativa que ver á *Josef* desentenderse de ellos con modestia, y apartar con maña la honorífica memoria de sus combates y sufrimientos! ¡Que cosa mas asombrosa, que ver no deseaba otra gracia que la de poderse dedicar al desempeño de asuntos mas difíciles, y á la prueba de mayores trabajos! Los apóstoles desean, que ni aun el postrer suspiro sea el último esfuerzo de su zelo.

Vosotros, hermanos míos, creeréis que Venecia, Milan, Nápoles y Roma fueron los distinguidos teatros á donde sucesivamente fué nuestro Santo conducido por su noble y gene-

Cc2

ne-